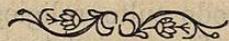
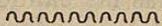


CONFERENCIA TERCERA.



Lo que ha de ser la religion para reali-
zar el Progreso.



Señores:

Despues de haber establecido que el ateismo de hecho, se pone hoy dia en presencia del siglo, con pretensiones de ser el progreso mismo, hemos demostrado que en estos dos términos, ateismo y progreso, la contradiccion es absoluta, y que ciertos testimonios, que dominan aun á la negacion atea, se encuentran unidos en esta afirmacion soberana que es el fondo de esta predicacion: *el progreso por la religion.*

Viniendo en seguida á los pormenores, y recorriendo rápidamente la serie ascendente de todos los progresos que el hombre está llamado á realizar, desde la base hasta la cima del edificio, hemos hecho ver que en cada uno de estos grados, ateismo quiere decir por todas partes una misma cosa: decadencia y mas decadencia, barbarie y mas barbarie.

Habeis escuchado estos dos primeros discursos con un afan, una atencion, y aun me atrevo á decir, una simpatia que me conmueve tanto mas que mi palabra, vieja ya para vosotros, no puede por cierto atraeros y reteneros por el encanto de la novedad. Pero hay para vosotros un inte-

rés mas grande que el que causa lo nuevo, y es el interés de lo antiguo; es el interés que estriba en las cosas mismas; y vuestra simpatia creciente, y vuestro concurso en aumento, me demuestran que al tocar este asunto cuya actualidad se revela públicamente, nuestra palabra, en efecto, no corre tras quimeras ni se descarga sobre fantasmas.

No obstante, Señores, temo que haya entre vosotros quien murmure una objeccion: "No hay ateismo y nosotros no creemos en los ateos." Sé que, en efecto, hay almas nobles que se rehusan á admitir semejante exceso de aberracion en el espíritu humano. Lo que hay en realidad sobre este punto en el alma de los que se proclaman ateos, lo ignoro á la verdad. Pero lo que no me es imposible ignorar, es el que el ateismo está en sus sistemas, en el fondo y en la forma de sus discursos. He insistido sobre todo en el ateismo teórico que se revela en las diversas esferas de la ciencia. Habria podido mostraros tambien al ateismo manifestándose en las diversas esferas de la vida: en todos los grados de la gerarquía social habria podido mostraros las apariciones, raras pero reales, del ateismo. Habria podido decir: el ateismo es príncipe y el ateismo es pueblo; el ateismo es gran señor, el ateismo es plebeyo; es noble, llano, proletario; es comerciante, financiero, funcionario; es hombre de Estado, hombre de letras, hombre de trabajo; y ¿porqué no decirlo? ¡es ayuda de cámara! Sí, Señores, y es preciso tomar en consideracion que hay entre vosotros quien tenga para ayudarle á vestirse en la mañana un hombre que no cree en Dios. A esos les hago esta fraternal advertencia: ¡guardad bien vuestra vida, y cerrad con doble vuelta vuestras cajas fuertes! . . .

Así es, Señores, que tenemos ya dos datos. El ateismo teórico y práctico es un hecho que se impone á nuestras convicciones como el sol á nuestras miradas; y, entre el ateismo y el progreso hay una contradiccion absoluta. Quiera ó no quiera, es fuerza que el espíritu humano venga siempre y en todas partes á esta verdad fundamental en el asunto que nos ocupa; ni religion, ni civilizacion, ni prin-

cipio divino, ni progreso humano. Todos aquí, con una convicción unánime y una fé fraternal, podemos y debemos exclamar: ¡Viva Dios! Fuera de él no hay sino decadencia. ¡Viva la religion! Fuera de ella no hay mas que barbarie.

Pero, Señores, desde el seno de esta vasta unidad de los espíritus que creen y adoran, en este esplendor de luz en que nuestras inteligencias vienen á unirse en la verdad y en la paz, descubrimos una frontera en que empezamos á dividirnos. Allí, en presencia de la humanidad postrada en la plegaria y la adoracion, se presenta esta inmensa cuestion: ¿Cuál es la religion capaz de crear la verdadera civilizacion? ¿Cuál es la institucion religiosa que puede realizar el verdadero progreso humano? Entre todas las religiones cuyas banderas flotan en la cima de sus templos, ¿existe una que haya recibido de Dios el privilegio y el poder de marchar á la cabeza del género humano, y de dirigirlo en su camino hácia sus verdaderos destinos?...

Ya lo veis, Señores, toda la cuestion religiosa del siglo XIX se presenta delante de nosotros. Muchas religiones se levantan aquí con la pretension de resolver el vasto y profundo problema. Cada una dice á su modo: yo soy la verdadera civilizacion; yo soy quien creo el verdadero progreso. ¿Será preciso deducir de aquí ó su comun suficiencia ó su inutilidad comun? No, Señores: hay religion y religion, así como hay moneda y moneda. Y en verdad, nadie dirá que la moneda falsa quite á la verdadera su valor auténtico. La multiplicidad de las religiones demuestra evidentemente una cosa, á saber, que hay una verdadera, una digna y capaz de resolver eficazmente el problema. Hé aquí porqué, antes de interrogar á cada religion y de preguntarle su secreto, para marchar con plena claridad y con una lógica sincera, voy á procurar determinar con alguna precision cuáles son las condiciones esenciales que ha de reunir la religion que tiene la vocacion de crear y conservar el verdadero progreso. El Domingo pasado, nuestra conferencia era una recapitulacion, era un discurso-resu-

men, *verbum abbreviatum*. Hoy es una introduccion; es, si puedo llamarlo así, un discurso-programa. El precedente era una ojeada retrospectiva, este es una perspectiva. ¡Ojalá que esta rápida exposicion, concentrando los rayos, sea para nosotros una antorcha encendida que guie con seguridad nuestra carrera á través de las religiones, y nos conduzca de esplendor en esplendor á la verdadera ciudad de Dios!

I.

La primera condicion que debe tener la religion ó la institucion religiosa llamada á guiar al mundo por la via del progreso, la condicion cuya carencia haria superfluas todas las demás, es lo que buscamos en todas las cosas; es la mas necesaria así para la marcha del género humano como para la marcha y el movimiento de todo ser; es lo que denomino con una sola palabra la *vitalidad* ó la plena posesion de la vida.

¿Qué cosa es la vida? Es ese no sé qué de íntimo y de innato, esa fuerza misteriosa que mueve al ser viviente y lo impele del centro á la superficie, del interior al exterior, para darle su desarroyo natural y su legítima expansion. La rosa que bajo el impulso de una fuerza tan irresistible como suave, se abre bajo el sol mostrando su belleza y vertiendo su perfume; la grande encina que, contra las fuerzas de atraccion crece hacia arriba con una fuerza que nada es capaz de coptener y difunde su exuberancia en sus altivas ramas y su real follage; el animal ágil y vigoroso que se estremece y tiembla, y brinca y salta con una fuerza y una armonía de movimientos que os llena de doble admiracion, por ejemplo, el caballo de batalla ó el leon del desierto; el hombre, en fin, en la primavera de su edad, que lleva sobre su frente la flor de la belleza, en su corazon la expansion del amor, en sus miembros los resortes de la energia, y que marcha como dice la Escritura, en la plenitud de su fuerza: hé aquí la vida. Dejo á otros la empresa de penetrar en sus profundida-

des eternamente oscuras para arrancarle su secreto; porque la vida, en todas las esferas del ser, es el último y mas profundo misterio. Pero cuanto mas se oculta la vida en el fondo tenebroso de su sustancia, tanto mas brilla en el exterior con manifestaciones que llevan el sello de la evidencia. Me contento, pues, con deciros: mirad, mirad por dondequiera, cuanto germina en la naturaleza, todo lo que florece, todo lo que mueve, todo lo que se estremece, todo lo que salta de sí mismo y por sí mismo, bajo la sola influencia de la fuerza oculta en el centro del ser; ved ahí la vida, la vida que da testimonio de sí propia, y hace resplandecer por dondequiera en la creacion al par que el prodigio de su belleza, el milagro de su indefectible actividad y de su fecundidad inagotable.

Pues bien, Señores, esta vida tal como acabamos de nombrarla y definirla, nos es necesaria en la religion que aspira á marchar á la cabeza del progreso. Las instituciones tienen una vida, así como la tiene la flor, la planta, el animal, el hombre: esta fuerza íntima es la que constituye su alma, su resorte, su movimiento, su accion, su fecundidad. ¡La vida! ¡Ah! Nosotros la queremos, ella es nuestra aspiracion, la buscamos en todas las cosas. En cada uno de sus movimientos, cada vez que respira grita la humanidad: Yo quiero vivir, vivir todavía mas; tengo horror á todo lo que tiene la figura y olor de la muerte. ¡Atras todo lo que es cadáver; á mí todo lo que vive!

Ahora bien, si en todo y por todo queremos hallar la vida, mucho mas queremos hallarla en la religion, la religion que debe prestar á la humanidad su aliento y su fuerza. En efecto, notadlo bien, tal es la relacion que establece la naturaleza de las cosas entre la religion y la humanidad, bajo el punto de vista de su marcha paralela. No es la humanidad quien debe dar el movimiento á la religion; la religion es quien debe dar el movimiento á la humanidad. No es la religion divina quien ha de vivir con la vida humana; la raza humana es quien ha de vivir con la religion divina. Pedir á la humanidad que imprima el movimiento

á la religion es trastornar los papeles, es hacer de la religion una parte secundaria de la vida humana; es pedir para ella á la humanidad lo que la humanidad es incapaz de darle.

Sí, Señores, la religion, para dar el movimiento á la humanidad, ha de vivir con su vida propia; ha menester de una vitalidad no ficticia sino real; de una vitalidad, no agena, sino innata; de una vitalidad cuyo misterio esté en el fondo de sus propias entrañas. No basta que la religion realice el milagro de la duracion perpetua, es preciso que realice el milagro de la perpetua vitalidad; porque una cosa es durar y otra cosa es vivir. La duracion es compatible con la inmovilidad. Pero el progreso, el progreso, por su misma naturaleza, exige en la religion que ha de producirlo una vitalidad inagotable.

Esta vitalidad tiene señales que la manifiestan y la dan á reconocer, y estas señales dicen á todo hombre que sabe ver y comprender: Vedla aquí: ved á la religion viviente; vedla con su movimiento espontaneo, su inviolable juventud y su inagotable fecundidad; tres señales brillantes que no hallareis jamás en las religiones muertas, que condenan á la parte del género humano que de ellas depende, ó á la inmovilidad ó á la retrogradacion.

Sí, lo que yo quiero hallar ante todo en la religion que busco, es el resorte íntimo de la espontaneidad, el *movimiento espontaneo*, verdadero signo de la religion vital. La religion que vive y hace vivir, tiene este signo que la revela: marcha *por sí sola*; no pide ni á un cónsul, ni á un rey, ni á un pueblo, ni á una aristocracia ni á una democracia que le dé el movimiento. Ella es la vida, y marcha; y marcha *sola* porque es la vida. Con solo esta señal, ¡cuántas religiones están ya convictas en vuestro íntimo pensamiento, de no ser mas que religiones muertas, incapaces de imprimir el movimiento, obligadas como están á recibirlo para no parecer petrificadas en una inmovilidad absoluta!

Al mismo tiempo que quiero sentir en el corazon de la
P. FÉLIX.—1868. 10.

religion ese resorte de la espontaneidad, quiero ver sobre su frente la flor siempre bella de una inmortal juventud; sí, Señores, una inviolable juventud es el privilegio reservado á todo lo que toca mas de cerca al infinito, á lo inmortal, á lo divino. El género humano, ese niño de quien la religion constituye la educacion secular, no podria, sin una religion siempre jóven, beber en su seno el secreto de una vida verdaderamente progresiva. ¿Qué sucederia, sí de periodo en periodo, viera á su religion envejecer, debilitarse y caer para dar lugar á otra, jóven hoy, pero que mañana tambien será vieja? Seria como el niño que pasa de madrastra á madrastra, recibiendo de una, y luego de otra, y luego de otra, una leche que se agota sin cesar y quedándose, como toda creatura viviente que no tiene ni madre ni nutricion poderosa, endeble, frágil, raquítico. ¡Ah Señores! Teneis la conviccion, como yo tambien la tengo, sí, de que esta humanidad creciente tiene necesidad de una madre, pero de una madre siempre jóven, una madre tal que no se agote la leche de sus pechos ni la fecundidad de sus entrañas.

¡La fecundidad! Entiendo no solamente la potencia de producir exteriormente obras llenas de vida, sino sobre todo la potencia de reproducirse á sí mismo y de formarse, de siglo en siglo, una posteridad que recibe, para transmitirlo, ese torrente de la vida que ha de correr siempre sin jamás agotarse. La fecundidad, es decir, la vida que sin esfuerzos y sin violencia, por el solo efecto de su plenitud, se dilata como una sávia exuberante, y multiplica las generaciones religiosas como una madre siempre jóven y siempre fecunda multiplica su prole. ¡Oh sí! Tal es la señal que quiero sobre todo reconocer en la religion que buscamos, porque es la señal mas auténtica y mas brillante de la vitalidad que ha de ser su primer atributo y su privilegio incomunicable.

No investigo todavia dónde está la religion que muestra bajo el cielo el prodigio de esa vitalidad que da testimonio de sí misma con una fecundidad siempre antigua y siempre nueva: afirmo tan solo que esta vitalidad verdade-

ramente milagrosa es la señal característica de la religion que llamamos á que marche á la cabeza del género humano. Cuando se presente delante de nosotros con esta triple señal, la reconoceremos y diremos: Vedla aquí: es la religion que vive con su propia vida y que, como tal, es capaz de dar la vida y el movimiento á la humanidad que ella educa.

II.

Pero, Señores, notadlo bien, si para efectuar nuestro progreso y darnos el movimiento, la religion debe ser viviente, y recibir de sí misma su propia vitalidad; para ser viviente y conservar su vitalidad, la religion debe estar organizada, y por consiguiente, alcanzar la forma social. Aquí, la naturaleza de las cosas, las funciones de la religion y las aspiraciones de la humanidad se unen en un mismo voto y en una comun exigencia.

Seguid por la escala de la vida la gerarquía de los seres; por todas partes encontrais la vida encadenada á una organizacion. Mas ó menos aparente, oculta á veces á las investigaciones de la ciencia y del ojo, la organizacion existe dondequiera que existe la vida; y la perfeccion de la organizacion da la medida de la perfeccion de la vida. De un cabo al otro de la gerarquía, desde las mas ínfimas apariciones de la vida hasta esa cima del mundo de los vivientes que se llama el *hombre*, la organizacion sube, sube siempre, de lo mas sencillo á lo mas complicado; y á medida que sube crece en armonía, en belleza, en perfeccion, hasta que llega á esa obra maestra de Dios en que la organizacion mas acabada y mas armoniosa hace funcionar la vida mas llena, mas extendida y mas armoniosa que aparezca sobre la tierra.

En el hombre mismo, el mas viviente y el mejor organizado de todos los seres de la creacion visible, cada parte de la organizacion humana es mas y mas perfecta, á medida que debe servir á las funciones de una vida mas alta: y la mirada del fisiólogo, que investiga los misterios y busca

las armonías ocultas de este pequeño mundo, compendio del universal *Cosmos*, sigue, con una admiración que no puede saciarse, la perfección graduada y la armonía ascendente de todos esos órganos, de todos esos aparatos y de todas esas funciones vitales, que suben también ellas más y más, á medida que se acercan á la cumbre de la vida humana. Llegado ahí, al punto más alto, el genio se detiene, incapaz de llegar nunca á comprender, con todos sus resortes tan delicadamente ajustados, con todas sus fibras tan divinamente ordenadas, ese órgano superior destinado por la Providencia á hacer funcionar esa gran vida que hace al hombre acercarse á los ángeles y á Dios, la vida de la inteligencia, la vida del pensamiento.

Siendo esto así; si, en el hombre y fuera del hombre, la vida se revela dondequiera con una organización cuya perfección crece juntamente con la suya, ¿cómo concebir que esta vida eminente que se remonta en el hombre más alto aun que la vida puramente intelectual, la vida religiosa, se eleve y se perfeccione sin una organización proporcionada á su grandeza y á su destino? ¿Cómo comprender que esta vida religiosa que pone al hombre en comercio directo con Dios, escape á esa ley universal que gobierna todo el imperio de la vida, y alcanza, sin excepción alguna, á todos los seres vivientes?

Basta decirnos, Señores, que también la vida religiosa ha de tener una organización, es decir, una gerarquía; gerarquía de funciones, cuyo destino es ayudar á la vida religiosa á respirar su aire natal, y llevarla, de ascensiones en ascensiones, hasta su centro infinito, es decir, hasta Dios. Basta decirnos que la vida religiosa ha de ser esencialmente orgánica; basta decirnos en una palabra, que la religión que buscamos, para que marche á la cabeza del género humano, ha de ser una *sociedad*; que no solo ha de vivir en ella cada fiel con su vida propia, sino que todos al mismo tiempo han de vivir en ella con esa vida unida y fraternal que se llama la vida *social*.

¿Cómo, decidme, podría yo concebir que fuese de otra

manera? La organización de la vida religiosa, la asociación de la vida religiosa, ¿no la exigen por acaso absolutamente las funciones que tiene que llenar? Esa religión, como hemos dicho, tiene la vocación de impulsar al mundo hácia su destino; tiene la misión de educar al género humano como una madre á su hijo. Esto supuesto, ¿no comprendéis que necesita, para llenarla, una prodigiosa fuerza de impulsión? Y esta fuerza, suave pero poderosa, ¿dónde la encontrará sino es en una organización social que multiplique por la fuerza religiosa de todos la fuerza religiosa de cada uno?

La organización religiosa ó la forma social en la religión, ¿no la ordena acaso su misma naturaleza? ¿Acaso la religión es otra cosa que el comercio ó la comunión eficaz de los hombres con Dios? Y el resultado de este comercio que nos une á todos con Dios, ¿no es unirnos igualmente entre nosotros mismos? Y recíprocamente, la asociación que nos tiene unidos en las mismas convicciones y bajo una misma ley religiosa, ¿no es el medio más en armonía con todas nuestras necesidades humanas, para favorecer ese comercio divino? No somos acaso más religiosos, no nos sentimos más cercanos á Dios y á su cielo, cuando oramos, cuando nos prosternamos, cuando cantamos juntos, en un cántico fraternal, al mismo Dios que nos mira y nos escucha? ¿Acaso el sentimiento religioso es en nosotros más profundo, salvo raras excepciones, más conmovedor, y, si puedo decirlo así, más arrebatador, que cuando nos transporta á todos á la vez, sobre las alas de un mismo entusiasmo, hácia el corazón abierto de una misma paternidad divina?

La forma social, la organización de la vida religiosa, ¿no la reclaman acaso todas las aspiraciones de la humanidad y en particular todas las tendencias de nuestra época? Seis mil años de historia os muestran siempre y en todas partes á la religión bajo una forma orgánica y social más ó menos perfecta. ¿Qué necesidad tengo de insistir en la importancia de un hecho semejante que domina toda la historia? Mirad en derredor de vosotros: ¿no es cierto que aun *hoy día*, todo reclama la organización y la forma social? ¿Qué digo? La

aspiracion á la forma social la llevamos hasta la exegeracion; y ella misma nos llevaria, si no supiesemos darle su alimento, hasta el socialismo. Y los sueños religioso-sensuales del San-simonismo y del Fourierismo, ¿qué eran sino el desvio de una necesidad legítima pero extraviada, que buscaba la asociacion religiosa en cosas que nada absolutamente tenian de religioso?

En realidad, cuando todo os impele con un mismo ímpetu hácia la asociacion mas ó menos universal; cuando todo tiende á organizarse bajo la forma y la razon *social*, industria, economía, comercio, política, periodismo, enseñanza; ¿porqué tan solo la vida religiosa habia de quedar desheradada del beneficio de la asociacion y del poder de la organizacion? Esta necesidad de dar á la religion una forma social y una constitucion orgánica está de tal manera en la naturaleza humana, y estriba de tal modo en la naturaleza de las cosas, que ningun inventor de religion, antiguo ni moderno, ha considerado nada mas urgente que el organizar, á su modo, la cosa religiosa. Hoy todavía, hoy sobre todo, esta necesidad es tan fuerte, que aquellos mismos que han suprimido, al eliminar á Dios, la razon última de toda religion, sueñan todavia en una sociedad religiosa y en un culto social. No há mucho, uno de nuestros ateos modernos mas célebres fué atacado de su último acceso de locura en un sueño de religion social sin dogma y sin Dios. Este supremo vértigo del ateismo moderno trabajando por organizar y por constituir socialmente un simulacro de religion en que solo la extravagancia excedia al ridículo, probaba una vez mas, euánto esa necesidad de dar á la religion una constitucion orgánica y una forma social, estriba á la vez en la fuerza de las cosas y en los instintos del alma humana: demuestra, en fin, como en religion, mas todavia que en cualquiera otra cosa, el individualismo es radicalmente imposible y profundamente absurdo. Y así es como ante la naturaleza, la religion y la humanidad, la religion rigurosamente individual, que excluya toda comunidad de dogma, de ritos, de práctica, y de gobierno, es manifesto que no es la religion

del progreso. Como todo individualismo, cualquiera que sea, es un principio de division, de ruinas y de retroceso.

Y sin embargo, no há mucho que hemos oido alabar ese individualismo religioso, como el resultado del desarrollo progresivo de la vida religiosa. Si las religiones actualmente en posesion de las almas esclavizan en vez de liberar, si retienen á los pueblos en la inmovilidad de su presente, en vez de darles el grande ímpetu del porvenir, esto depende, dicen los nuevos reveladores, de que las religiones actuales están demasiado organizadas, demasiado envueltas en los pañales de los dogmas, de las leyes y de las prácticas impuestas á los miembros de cada comunión; Iglesia ortodoxa, anglicanismo, catolicismo, todo esto estrecha á la religion; todo esto, mas ó menos, la ahoga entre los rodages de una organizacion despótica. Todo esto, en fin, dicen los teólogos del libre-pensamiento, oprime, bajo la forma social, la religion del individuo. Felizmente, añaden, el mundo camina á grandes pasos hácia un ideal de religion mas elevada. El movimiento ha sido dado por el protestantismo, que tiende, por su esencia misma, á aflojar los vínculos de dependencia y de comunidad religiosa, y á realizar en cada uno y en todos, la religion *individual* y *libre*. Cuando este movimiento se habrá hecho universal; cuando habrá roto todos los vínculos que ligan las almas en derredor de un mismo dogma, de un mismo altar, de un mismo gobierno religioso; cuando no habrá ya, religiosamente hablando, un solo hombre ligado á otro hombre por un mismo símbolo, un mismo culto, un mismo templo, ¿entonces vendrá el reinado de la religion *pura*!

¡Oh revelador, oh profeta, oh sofista! ¡Te engañas; querias decir el reinado de la *pura irreligion*!

¡Ah! No os hagais ilusion; la última palabra de ese nuevo puritanismo es la supresion práctica de toda religion real. Ese individualismo religioso debe, por una fatal pendiente, ir á terminar, con mas ó menos rapidez, en la negacion absoluta de toda religion. Y ese gran *porvenir religioso de las sociedades modernas*, que os atreveis á mostrar-